

Witold
Gombrowicz

Diario argentino (1)

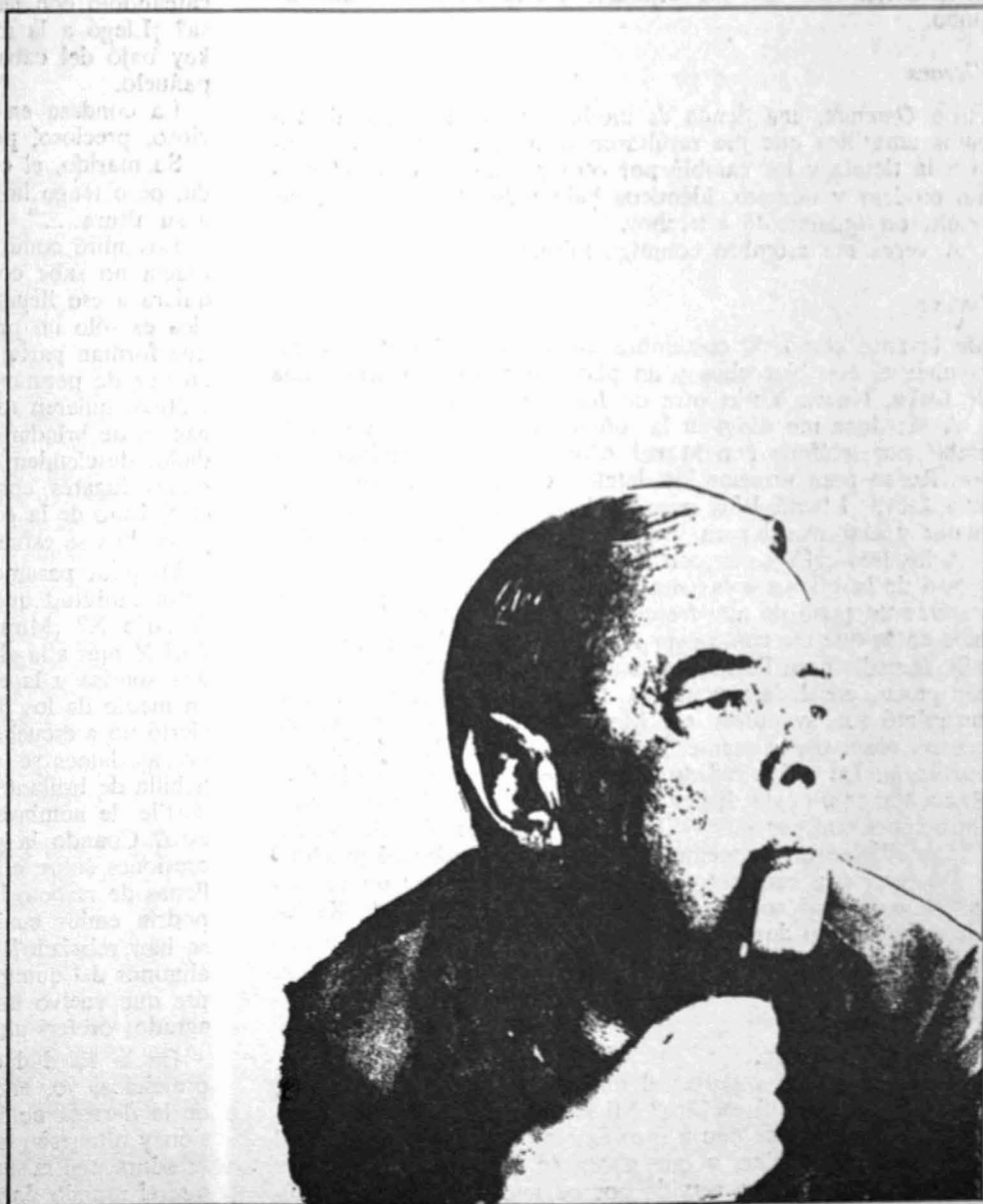
Con la misma excesiva recurrencia a la ironía en la que Witold Gombrowicz ocultaba el tono desgarrador de las confesiones íntimas y las sentencias inapelables, el hombre pretendió explicar su ruptura con Polonia como una lógica consecuencia de la vocación del escritor por el desarraigo, tendencia simultáneamente heredada y múltiplemente pospuesta, perseguida obsesivamente e involuntariamente asumida. Acto seguido, cada vez que tuvo que responder (requerido por sus interlocutores u obligado a proporcionar respuestas satisfactorias en su Diario) sobre su prolongada residencia en Argentina el pintor se las ingenió, elaborando una nueva versión o modificando las anteriores, para evadir el señalamiento preciso de los resortes que impulsaron esa aventura, las reflexiones íntimas que le decidieron por la inesperada huida de Polonia, los motivos propiciatorios de su obstinado desistimiento (¿deserción?) a permanecer en Europa.

Los datos (no necesariamente) convencionales: Gombrowicz desembarcó en la Argentina el 22 de agosto ("el dos es mi número") de 1939 ("la suma de cuyas cifras es también 22"). Arribaba como escritor-invitado al viaje inaugural con el que una compañía naviera polaca celebraba la construcción del trasatlántico Chrobry. Sorprendido ahí por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, su estancia se prolongó por espacio de veinticuatro años. El Diario Argentino recoge su experiencia en Sudamérica. "No encontraréis aquí —advierte al lector— una descripción de la Argentina. Quizás incluso no reconoceréis sus paisajes. El paisaje es aquí un 'estado de ánimo'. Este diario, a pesar de las apariencias tiene igual derecho a la existencia que un poema." Efectivamente, antes que la indagación minuciosa en la idiosincracia de un pueblo, la filosofía de una nación o las aspiraciones de un país, el diario de Gombrowicz recoge, arbitraria y minuciosamente, su vivencia en Argentina, lacónicamente sintetizada en la evocación de unas cuantas imágenes y unos cuantos, memorables, sucesos: consolidación de su vida prescindiendo de relacionarse con Europa, negativa a estrechar vínculos con la emigración polaca en la Argentina, búsqueda laboriosa de contactos entre la juventud, experiencias homosexuales en los barrios bajos bonaerenses, amoríos con la hija de un poeta, tardes enteras sumergido jugando ajedrez en el café Rex de Buenos Aires, colaboraciones periodísticas convenientemente ocultas bajo seudónimos, improvisado funcionario bancario después de resistir el asedio de su vida miserable, mujeres seducidas

por su obra y su vida bohemia que lo financian espléndidamente, experiencias conflictivas frustrantes divertidísimas fallidas con la intelectualidad local, viajes vertiginosos en búsqueda de atmósferas para continuar escribiendo... Acaso el carácter fragmentario, absolutamente atemporal (Gombrowicz difícilmente fechaba sus anotaciones) distorsione la perspectiva. Aquí y allá resultará imprescindible conocer lo que Gombrowicz ha dicho anteriormente sobre el hombre, sobre el arte, sobre Polonia, sobre Europa, sobre sí mismo... El Diario Argentino impone una condición de acceso: el lector tendrá que sobrevivir al Gombrowicz admirablemente capaz para obsecarse en la trivialidad, habilísimo ensayando los límites para persistir solemnemente en la estupidez, heroico en la piadosa celebración del cretinismo, y a una estructura narrativa

deliberadamente adoptada para inculcarle (al lector) la más pasiva resignación ante los cambios vertiginosos de tema, antes que encontrarse con el escritor que alimenta (y no se preocupa en encubrir) ambiciones de filósofo y predicador, generosamente didáctico en la difusión de la propia filosofía, improvisado maestro de las jóvenes generaciones, que santifica y promueve como iluminadora una actitud frente a la vida. Voluntades y obsesiones que transitan por estas páginas ataviadas de un supuesto (y a veces logradísimo) desenfado y una prosa que se propone como inofensiva: tan reveladora del Gombrowicz siempre a punto de sucumbir entre la sinceridad temeraria del escritor, y la (irrespirable) proclividad del hombre a la mitificación. "¡Bah!, este diario mío es así, casual, a veces descuidado... inmediato... privado."

Arturo Acuña Borbolla



Lunes

Rugido de sirenas, pitidos, fuegos de artificio, corchos que saltan de las botellas y el tremendo ruido de una ciudad en plena conmoción. En este minuto entra el Nuevo Año 1955. Voy caminando por la calle Corrientes, solo y desesperado.

No veo nada ante mí... ninguna esperanza. Todo para mí ha terminado, nada quiere iniciarse. ¿Un balance? Después de tantos años, intensos a pesar de todo, laboriosos a pesar de todo... ¿quién soy? Un empleadito derrengado por siete horas de *burolencia*, cuyas pretensiones de escribir han sido ahogadas. No puedo escribir sino este diario. Todo se ha ido al diablo debido a que día tras día, durante siete horas, realizo el asesinato de mi propio tiempo. Dediqué tantos esfuerzos a la literatura y ella no es hoy día capaz de asegurarme un mínimo de independencia material, un mínimo —al menos— de dignidad personal. “¿Escritor?” ¡Qué va! ¡En el papel! Pero en la vida... un cero, un ser de segunda categoría. Si el destino me hubiera castigado por mis pecados no protestaría. ¡Pero me han aplastado por mis virtudes!

¿A quién debo culpar? ¿A la época? ¿A los hombres? Pero cuántos existen cuyo aplastamiento es aún peor. Mi mala suerte se debió a que en Polonia me despreciaban, y hoy, cuando uno que otro al fin comienza a respetarme, no hay sitio para mí. Estoy tan desprovisto de casa como si no habitara en la tierra sino en los espacios interplanetarios, como un globo.

Viernes

Fui a *Ostende*, una tienda de moda, y compré un par de zapatos amarillos que me resultaron demasiado estrechos. Volví a la tienda y los cambié por otro par de zapatos del mismo modelo y número, idénticos bajo todos los aspectos; me resultaron igualmente estrechos.

A veces me asombro conmigo mismo.

Jueves

Me levanté como de costumbre alrededor de las diez y desayuné: té con bizcochos y un plato de cereales. Cartas: una de Litka, Nueva York; otra de Jelenski, París.

A las doce me dirigí a la oficina (caminando; es cerca). Hablé por teléfono con Marril Alberes sobre la traducción y con Russo para arreglar los detalles de nuestro próximo viaje a Goya. Llamó Ríos para decirme que ha vuelto de Miramar y Dabrowski para tratar el asunto del apartamento.

A las tres café y pan con jamón.

Salí de la oficina a las siete y fui a la avenida Costanera a respirar un poco de aire fresco (hace calor, 32 grados). Pensaba en lo que me contó ayer Aldo. Después fui a casa de Cecilia Bénédict para llevarla a cenar. Comí una sopa, un bistec con papas, ensalada y compota. Hacía tiempo que no la veía, me relató sus aventuras en Mercedes. Llegó a sentarse en nuestra mesa una cantante. Hablamos también de Adolfo y su astrología. De allí, alrededor de la media noche, me dirigí al *Rex* a tomar un café. Eisler se sentó a mi mesa. Nuestras conversaciones son por este estilo; “¿Qué tal señor Gombrowicz!” “Tranquílcese un momento, Eisler, se lo agradeceré mucho.”

De regreso a casa entré en el Tortoni a recoger un paquete y a conversar con Pocho. En casa leí el *Diario* de Kafka. Me acosté a eso de las tres.

Publico esto para que me conozcan en la intimidad.

Jueves

Concierto en Colón.

¿Qué me puede importar el mejor virtuoso en relación con la disposición de mi espíritu? Mi espíritu que hoy por la tarde fue traspasado de uno a otro extremo por una melodía mal tarareada por alguien, y que ahora en la noche rechaza con repugnancia la música servida por un maitre de frac, en ban-

deja dorada, con albondiguillas. No siempre la comida se come con mayor placer en los restaurantes de primera categoría. Además el arte me habla casi siempre con más elocuencia cuando se manifiesta de modo imperfecto, casual y fragmentario, como si sólo me señalara su presencia permitiéndome intuirlo tras la torpeza de una interpretación. Prefiero a Chopin cuando me llega en la calle desde lo alto de una ventana al Chopin perfectamente ornamentado de una sala de conciertos.

El pianista alemán galopaba con el acompañamiento de la orquesta. Arrullado por los tonos yo vagaba en una especie de ensueños, recuerdos... y en un asunto que debo arreglar mañana: mi perrito Bumfila, un pequeño foxterrier... Mientras tanto el concierto tenía lugar, el pianista galopaba. ¿Era un pianista o un caballo? Hubiese jurado que no se trataba en absoluto de Mozart, sino de adivinar si aquel brioso corcel iba a ganarles la delantera a Horowitz o Rubinstein. El público presente estaba absorto en la pregunta: ¿de qué clase de virtuoso se trataba? ¿Estaban sus *pianos* a la medida de Arrau y sus fortes a la altura de Gulda? Soñaba estar en un match de boxeo y veía cómo le daba un golpe de gancho a Brailowski, cómo machacaba con octavas a Gieseking, cómo con un trino dejaba knock-out a Solomon. ¿Pianista, caballo, boxeador? De repente me pareció un boxeador montado sobre Mozart, cabalgando a Mozart, pegándole, golpeándolo y acicateándolo con las espuelas mientras tamborileaba. ¿Qué pasa? ¡Llegó a la meta! ¡Aplausos, aplausos, aplausos! El jockey bajó del caballo y saludó, enjugándose la frente con un pañuelo.

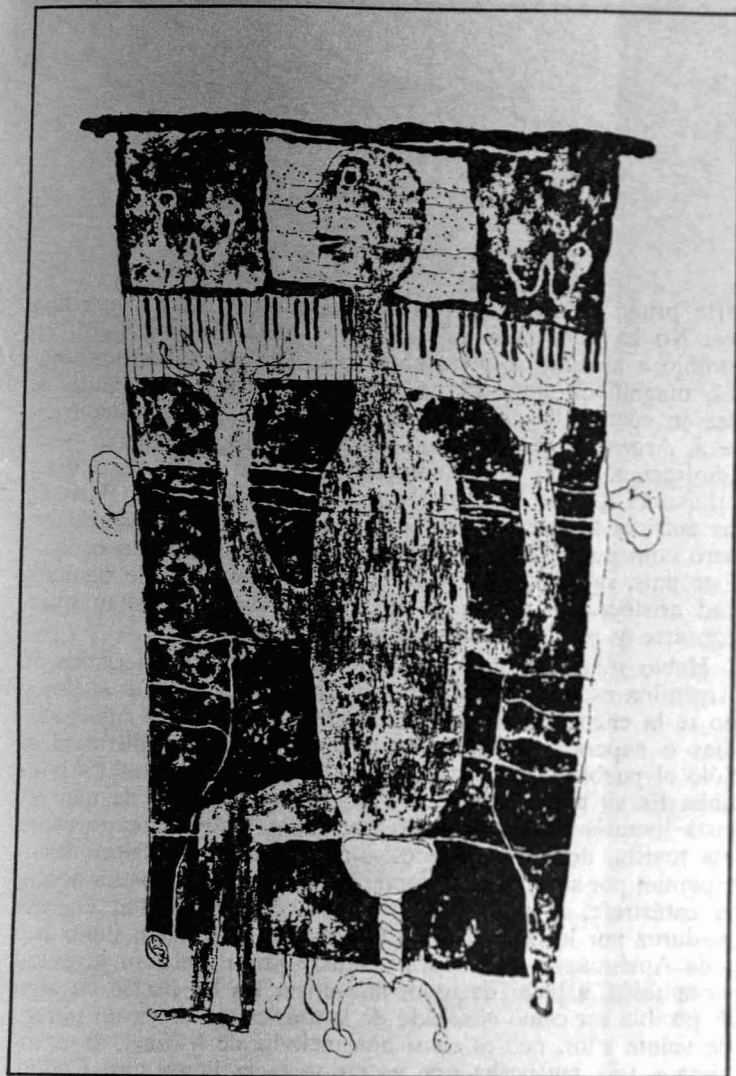
La condesa en cuyo palco me encontraba suspiró: “¡Precioso, precioso, precioso...”

Su marido, el conde, replicó: “Yo de esto no entiendo nada, pero tengo la impresión de que la orquesta no logró estar a su altura...”

Los miré como a perros. ¿Qué irritación cuando la aristocracia no sabe comportarse! ¡Se les exige tan poco y ni siquiera a eso llegan! Esas personas deberían saber que la música es sólo un pretexto para que se reúna la sociedad de la que forman parte, con sus buenos modales y manicuras. Pero en vez de permanecer en su sitio, en su mundo social-aristocrático, quieren tomar en serio el arte, se sienten en la obligación de brindarle un medroso homenaje, y, fuera de su condaño, descienden al nivel del estudiantado. Puedo tolerar algunos lugares comunes puramente formales, expresados con el cinismo de la gente que conoce el valor de un cumplido... pero ellos se esfuerzan en ser sinceros... ¡los pobres!

Después pasamos al foyer. Mi ojos se posaron en la excelsa multitud que giraba distribuyendo saludos. ¿Ves al millonario X? ¡Mira, mira, allá está el general con el embajador! Y más allá el presidente incienso al ministro, quien dirige una sonrisa a la esposa del profesor. Creí, pues, encontrarme en medio de los protagonistas de Proust, quienes iban al concierto no a escucharlo sino a realizarlo con su presencia, cuando las damas se metían a Wagner en los cabellos con una hebilla de brillantes, cuando las notas de Bach significaban un desfile de nombres, dignidades, títulos, dinero y poder. ¿Pero esto? Cuando la grandeza y el poder... los oí cambiar impresiones sobre el concierto... impresiones tímidas, humildes, llenas de respeto hacia la música y a la vez peores de las que podría emitir cualquier aficionado de galería. ¿Hasta a esto se han rebajado? Me pareció que no eran presidentes sino alumnos del quinto año de la escuela secundaria y, como siempre que vuelvo a esos años escolares, sentí un profundo desagrado; preferí alejarme de esa tímida juventud.

En la soledad del palco, yo, moderno, yo, desprovisto de prejuicios, yo, enemigo de los salones, yo, a quien el látigo de la derrota no ha extraído de la mente nada de su pretensión y altanería, meditaba en que el mundo donde el hombre se adora a sí mismo por medio de la música me convence más que el mundo donde el hombre adora la música.



Después tuvo lugar la segunda parte del concierto. El pianista volvió a montarse sobre Brahms y a galopar. Nadie en realidad sabía que estaba tocando, porque la perfección del pianista no dejaba concentrarse en Brahms y la perfección de Brahms desviaba la atención del pianista. Llegó el desenlace. Aplausos. Aplausos de los conocedores. Aplausos de los aficionados. Aplausos de los ignorantes. Aplausos del rebaño. Aplausos provocados por los aplausos. Aplausos que crecían por sí mismos, se acumulaban, se excitaban, se reclamaban... y ya nadie podía dejar de aplaudir porque todos aplaudían.

Fuimos a los camerinos a rendir homenaje al artista.

El artista estrechaba manos, cambiaba amabilidades, recibía elogios e invitaciones con la sonrisa pálida de un cometa ambulante. Lo conmiemplé a él y a su grandeza. Parecía ser muy agradable, sí, sensible, inteligente, culto... ¿pero su grandeza? Llevaba esa grandeza sobre los hombros como un frac, y ¿no le había sido en realidad cortada por un sastre? A la vista de tantos solícitos homenajes puede parecer que no hay mayor diferencia entre esta fama y la fama de Debussy o Ravel, su nombre estaba también en todas la bocas, él también era "artista" como ellos... y sin embargo, y sin embargo... ¿eran su fama como la de Beethoven o más bien como la de las hojas de afeitar Gillette o las plumas Watermans? ¿Qué diferencia entre la fama por la que se paga y la fama con la que se gana!

Era demasiado débil para oponerse al mecanismo que lo exaltaba, no había que esperar ninguna resistencia de su parte. Al contrario. Danzaba al son que le tocaban y tocaba para hacer danzar a su alrededor.

Viernes

Escribo este diario sin ganas. Su insincera sinceridad me fatiga. ¿Para quién escribo? ¿Si tan sólo para mí, por qué se imprime? ¿Y si lo es para el lector por qué finjo entonces conversar conmigo mismo? ¿Hablar con uno mismo para que lo oigan los demás?

Cuán lejos me encuentro de la seguridad y el aliento que vibran en mí en el momento —perdonad— de "crear". Aquí, en estas páginas, me siento como si estuviera saliendo de la

noche bendita a la dura luz de la mañana que me llena de bostezos y saca a la claridad mis imperfecciones. La falsedad existente en el principio mismo del diario me intimida, les ruego me disculpen... (Pero tal vez estas últimas palabras son superfluas, son ya pretensiosas.)

Sin embargo advierto que uno debe ser el mismo en todos los niveles de la escritura; es decir que debería poder expresarme no sólo en un poema o un drama, sino también en la prosa ordinaria, en un artículo o en el diario... y el vuelo del arte tiene que encontrar su correspondencia en la región de la vida cotidiana, igual que la sombra del cóndor se refleja sobre la tierra. Es más, este tránsito al mundo cotidiano desde el campo distante de las profundidades más lejanas, casi en el subsuelo, es para mí algo de inmensa importancia. Quiero ser capaz de traducirme al idioma ordinario. Sí, pero *traduttore, traditore*. Es ahí donde me traiciono, donde estoy por debajo de mí mismo.

La dificultad consiste en que escribo sobre mí, pero no en la noche, no en la soledad, sino precisamente en un periódico, en medio de la gente. No puedo, en tales condiciones, tratarme con la seriedad debida; debo ser "modesto"... y otra vez me cansa como me ha cansado toda la vida —lo que tanto ha influido en mis relaciones con los hombres— esta necesidad de menospreciarme para adaptarme a los que me menosprecian o a quienes no tienen de mí la más remota idea. No quiero de ningún modo someterme a esa "modestia", a la que considero mi enemiga mortal. ¡Felices los franceses que escriben sus diarios con tacto! No creo en el valor de ese tacto, sé que solamente consiste en evitar con tacto un problema que por su naturaleza misma rechaza todo tacto.

Pero debería yo tomar el toro por los cuernos. Desde la infancia me inicié en este asunto, creció conmigo. Hoy, en verdad, debería sentirme completamente liberado. Sé, y lo he dicho más de una vez, que todo artista debe tener pretensiones (porque pretende al pedestal de un monumento), pero que a la vez esconder dichas pretensiones es un error de estilo, es la prueba de una mala "solución interna". Hay que abrirse. Poner las cartas sobre la mesa. Escribir no significa sino la lucha del artista contra los demás por resaltar su propia superioridad.

¿Qué valor puede tener en todo caso esta idea si no soy capaz de realizarla aquí en el diario? Sin embargo no logro hacerlo, algo me lo impide; cuando entre la gente y yo no existe una forma artística, el contacto se vuelve demasiado molesto. Debería tratar este diario como un instrumento de mi devenir ante ustedes... obligarlos a que me enfoquen de cierta manera, de una manera que hiciera en mí lo posible (aparezca la palabra peligrosa) el talento. Sea pues este diario más moderno y más consciente y quede impregnado de la idea de que mi talento sólo puede nacer en relación a ustedes, es decir que sólo ustedes pueden incitarme al talento, es más: crearlo en mí.

Desearía que se reflejara en mi persona esto que sugiero. Imponerme a los hombres como personalidad para luego permanecer sometido a ellos durante el resto de la vida. Otros diarios podrían ser al mío lo que es la expresión "así soy yo" en relación a "quiero ser así". Nos hemos acostumbrado a las palabras muertas que solamente afirman, pero son mejores las que llaman a la vida. *Spiritus movens*. Si lograra convocar este espíritu en movimiento en las páginas del diario, podría realizar no pocas cosas. Podría ante todo (y eso lo necesito aún más por ser un autor polaco) romper esta estrecha jaula de nociones en la que desearían aprisionarme. Demasiados hombres dignos de mejor suerte se han dejado encadenar. Soy yo y nadie más que yo quien debe designarme el papel que me corresponde.

Y luego, al internarme —en cierta forma a título de proposición— en cuestiones más o menos relacionadas conmigo, me siento dirigido a otras iniciaciones que aún me son desconocidas. Internarme lo más lejos posible en los terrenos vírgenes de

la cultura, en sus parajes todavía casi salvajes, es decir, indecetes, y al incitarlos a la drasticidad, incitarme también yo... Porque quiero encontrarme con ustedes precisamente en esa selva, relacionarme con ustedes de manera difícil e incómoda tanto para ustedes como para mí. Por otra parte, ¿acaso no son enemigas más las corrientes y doctrinas a las que me asemejo? Debo atacarlas para forzarlas a ser diferentes... y forzarlas a ustedes a confirmar tal diferencia. Descubrir mi presente, relacionarme con ustedes en la época actual.

Quisiera empezar a construirme un talento en este cuadernillo, a la vista de todos... de modo tan evidente como Henryk en el tercer acto de mi obra *El matrimonio* se fabrica ese matrimonio... ¿Por qué a la vista de todos? Porque quiero dejar de ser para ustedes un enigma demasiado fácil. Al introducirlos en las entretejas de mi ser, me obligo a penetrar en una profundidad aun más lejana.

Todo eso en el caso de que logre captar el espíritu en movimiento. Pero no me siento con fuerzas... Desde hace tres años, desgraciadamente, me desvinculé del arte puro. Mi trabajo literario no es de aquellos que se pueden practicar de pasada los domingos y días festivos. Comencé a escribir este diario precisamente para salvarme, por miedo a la degradación y a la inmersión definitiva en la marea de vida trivial que me llega ya hasta la boca. Pero resulta que tampoco aquí soy capaz de un esfuerzo pleno. No se puede ser "nada" durante la semana para lograr existir el domingo. Ustedes, periodistas, concejales respetables y aficionados no debéis temer nada. Ya no os amenaza ninguna presunción mía, ningún misterio. Al igual que ustedes, que el universo entero, me deslizo hacia el periodismo.

Jueves

¿Decirlo o no decirlo? Hace aproximadamente un año me ocurrió lo siguiente: Entré en el baño de un café de la calle Callao... En las paredes había inscripciones. Pero aquel deseo delirante nunca me hubiera atravesado como un aguijón envenenado de no haber palpado por azar un lápiz en mi bolsillo. Un lápiz de color.

Encerrado, aislado, con la seguridad de que nadie me veía, en una especie de intimidad... el murmullo del agua que me susurraba: hazlo, hazlo, saqué el lápiz. Moje la punta con saliva. Escribí algo en la pared, en la parte superior para que fuera más difícil borrarlo, escribí en español algo, ¡bah! completamente anodino, del género de: "Señoras y señores tengan la bondad de..."

Guardé el lápiz. Abrí la puerta. Atravesé el café y me mezclé entre la multitud de la calle. Allí quedó el escrito.

Desde entonces vivo con la conciencia de que mi escrito está allí.

Dudaba si debía confesarlo. Vacilaba no por razones de prestigio sino porque la palabra escrita no debe servir para la publicación de ciertas manías... Y sin embargo no voy a ocultarlo: nunca soñé siquiera que aquello podía resultar tan... fascinante. Apenas si puedo reprimir el remordimiento por haber malgastado tantos años de mi vida sin haber conocido una voluptuosidad tan barata y desprovista de todo riesgo. Hay algo raro y embriagador en ello... que posiblemente proviene de la terrible evidencia del escrito que está allí en la pared unido al absoluto secreto de su autor, al que es imposible descubrir. Debo añadir que esto no se ajusta por completo al nivel de mi creación...

Viernes

(...) Esas muecas de los extranjeros con respecto a Argentina, sus críticas altaneras, sus juicios sumarios me parecen desprovistos de calidad. Argentina está llena de maravillas y encanto, pero el encanto es discreto, arropado en una sonrisa que no quiere expresar demasiado. Hay aquí una buena "ma-

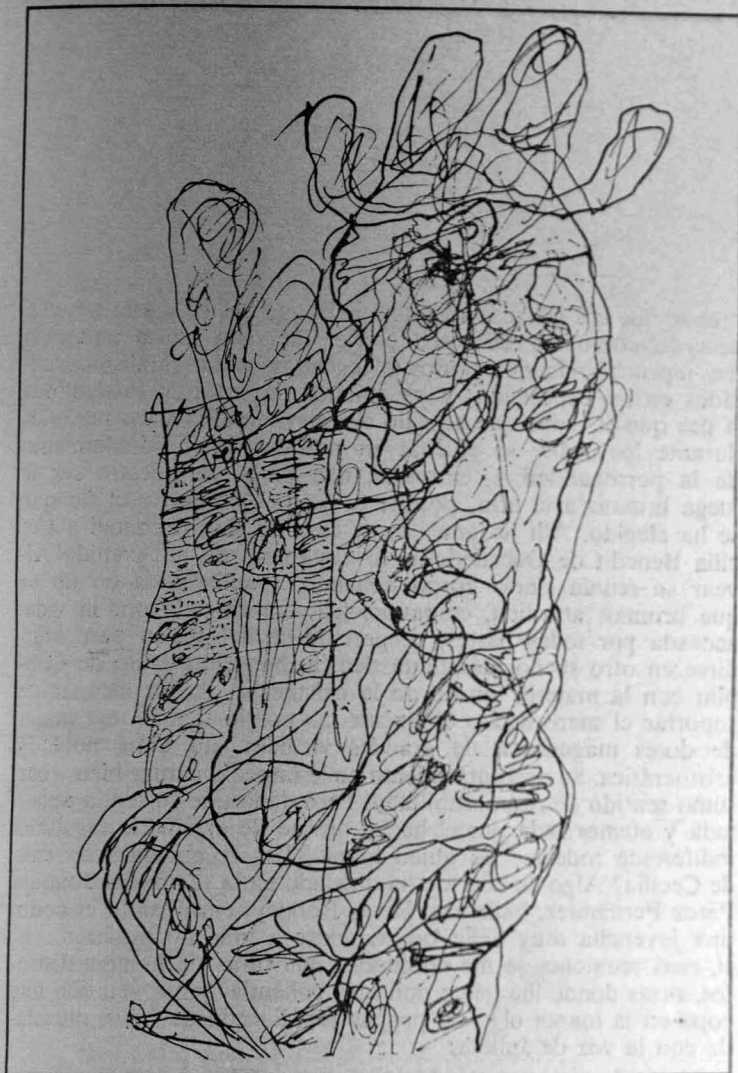
teria prima" aunque todavía no sea posible fabricar productos. No hay una catedral de Notre Dame ni un Louvre, en cambio a menudo se ven por la calle dentaduras deslumbrantes, magníficos ojos, cuerpo armoniosos y ágiles. Cuando de vez en cuando llegan de visita los cadetes de la marina francesa, Argentina se arrebatada, —es algo obvio e inevitable— de admiración, como si contemplara al mismo París, pero dice: "¡Lástima que no sean más apuestos!" El aroma de París de las actrices francesas embriaga naturalmente a los argentinos, pero comentan: "No hay una sola que tenga todo en orden." Este país, saturado de juventud, tiene una especie de perennidad aristocrática propia de los seres que no necesitan avergonzarse y pueden moverse con facilidad.

Hablo solamente de la juventud porque la característica de Argentina es una belleza joven y "baja", próxima al suelo, y no se la encuentra en cantidades apreciables en las capas medias o superiores. Aquí únicamente el vulgo es distinguido. Sólo el pueblo es aristócrata. Únicamente la juventud es infalible. Es un país al revés, donde el pijo vendedor de una revista literaria tiene más estilo que todos los colaboradores de esa revista, donde los salones —plutocráticos e intelectuales— espantan por su insipidez, donde al límite de la treintena ocurre la catástrofe, la total transformación de la juventud en una madurez por lo general poco interesante. Argentina, junto con toda América, es joven porque muere joven. Pero su juventud es también, a pesar de todo, inefectiva. En las fiestas de aquí es posible ver cómo al sonido de la música mecánica un obrero de veinte años, que es en sí una melodía de Mozart, se aproxima a una muchacha que es un vaso de Benvenuto Cellini, pero de esta aproximación de dos obras maestras no resulta nada... Es un país, pues, donde no se realiza la poesía, pero donde con fuerza inmensa se siente su presencia detrás del telón, terriblemente silenciosa.

Es mejor no hablar de obras maestras porque esa palabra en Argentina carece de sentido... aquí no existen obras maestras, sino solamente obras, aquí la belleza no es nada anormal sino que constituye precisamente la materialización de una salud ordinaria y de un desarrollo mediocre, es el triunfo de la materia y no una revelación de Dios. Y esta belleza ordinaria sabe que no es nada extraordinario y por eso no se tiene el menor aprecio; una belleza absolutamente profana, desprovista de gracia... y sin embargo, por su esencia misma parece estar fundida con la gracia y la divinidad, resulta fascinante por aparecérsenos como una renunciación.

Y ahora:

Lo que ocurre con la belleza física sucede también con la forma... Argentina es un país de forma precoz y fácil. No es posible ver aquí esos dolores, caídas, suciedades, torturas que son el acompañamiento de una forma que va perfeccionándose con lentitud y esfuerzo. Es raro que alguien meta la pata. La timidez es una excepción. La tontería manifiesta no es frecuente y estos hombres no caen en el melodrama, el sentimentalismo o el patetismo y la bufonería, al menos nunca por completo. Pero a consecuencia de esta forma que madura precoz y llanamente (gracias a la cual el niño se mueve con la desenvoltura del adulto) que facilita, que pule, en este país no se ha formado una jerarquía de valores en el concepto europeo y es eso tal vez lo que más me atrae de Argentina. No sienten repugnancia... no se indignan... no condenan... ni se avergüenzan en la misma medida que nosotros. Ellos no han vivido la forma, no han experimentado su drama. El pecado en Argentina es menos pecaminoso, la santidad menos santa, la repugnancia menos repugnante y no sólo la belleza del cuerpo, sino en general cada virtud es aquí menos señera, está dispuesta a comer en el mismo plato que el pecado. Aquí surge algo en el aire que nos desarma. El argentino no cree en sus propias jerarquías o las considera como algo impuesto. La expresión del espíritu en Argentina no es convincente; ellos lo saben mejor que nadie; existen aquí dos idiomas distintos, uno público, que sirve al espíritu: ritual y retórico; otro pri-



vado, por medio del cual los hombres se comunican a espaldas de los demás. Entre esos dos idiomas no existe la menor relación y el argentino oprime el botón que lo traslada a la grandilocuencia para después oprimir el que lo devuelve a la vida cotidiana.

¿Qué es la Argentina? ¿Es acaso una masa que no llega todavía a ser pastel, es sencillamente algo que no ha logrado cuajar del todo o es una protesta contra la mecanización del espíritu, un gesto desdeñoso e irritado del hombre que rechaza la acumulación demasiado automática, la inteligencia demasiado inteligente, la belleza demasiado bella, la moral demasiado moral? En este clima, en esta constelación podría surgir una protesta verdadera y creadora contra Europa... si la blandura encontrase algún camino para convertirse en dureza... si la indefinición pudiera convertirse en programa, es decir en definición.

Lunes

Pienso en mi trabajo, en mi sitio en la literatura, en mi responsabilidad, mi destino y mi vocación.

Pero a la izquierda zumba un mosquito, no, a la derecha; el verdor se desliza con fluidez al azul, los papagayos parlotean y hasta el momento no he podido ver los alrededores; no tenga ganas, además me estoy derritiendo. (...)

II

Sábado

Me enteré por Tito de que César Fernández Moreno había tomado notas de nuestra conversación sobre la Argentina y se proponía publicarlas en una revista. Le pedí por teléfono que me las mostrara antes de darlas a la imprenta.

Aunque ahora recuerdo que todavía nada saben de mi convivencia con el mundo literario argentino. Ahora apenas me doy cuenta de que no están al tanto de este capítulo de mi vida. No dudo que les gustará enterarse. ¿Es que he logrado introducirlos bastante en mí, para que todo lo relacionado conmigo les resulte indiferente?

Como he dicho ya en otra parte, llegué a Buenos Aires en el vapor *Chrobry*, una semana antes de que estallara la guerra.

Jeremi Stempowski, entonces director de GAL en Buenos Aires, se ocupó de mí; fue él quien me presentó a uno de los más conocidos escritores, Manuel Gálvez. Gálvez había sido amigo de Choromanski, quien había pasado aquí una temporada el año anterior a mi llegada, ganándose muchas simpatías. Gálvez me brindó una generosa hospitalidad y me auxilió en algunas dificultades, pero su sordera lo relegaba a la soledad... Poco después me traspasó al no menos conocido poeta Arturo Capdevila, también amigo de Choromanski. "Ah —me dijo la señora de Capdevila—, si es usted tan encantador como Choromanski, llegará a conquistar muy fácilmente nuestros corazones."

Desgraciadamente no fue así. No puedo culpar de esto a los argentinos. Hubiesen tenido que usar una dosis de perspicacia mucho mayor de la que permite el febril ajeteo de las relaciones urbanas, para poder entender algo de mi locura de aquel entonces, y tener una paciencia angelical para adaptarse a ella. La culpa era de esa constelación que apareció en mi cielo desplomado.

En el trayecto de Polonia a la Argentina me había sentido bastante desmoralizado; nunca (con excepción, quizás del período pasado en París unos años atrás) me había encontrado en semejante estado de disipación. ¿La literatura? La literatura me importaba un bledo; después de publicar *Ferdynand* había decidido descansar... por otra parte, el alumbramiento de esa novela fue para mí una sacudida realmente fuerte; sabía que habría de correr mucha agua antes de que se movilizaran en mí nuevas vivencias. Estaba aún envenenado por la ponzoña de mi libro, del que ni siquiera sabía bien si quería ser "joven" o "maduro". Si se trataba de una vergonzosa manifestación de mi eterno hechizo ante la joven —encantadora— inferioridad o si, por el contrario, pretendía la orgullosa, pero trágica y nada atractiva, madura superioridad. Y cuando en el *Chrobry* pasaba frente a las costas alemanas, francesas e inglesas, todos estos territorios de Europa inmobilizados por el pavor del crimen aún por nacer, en el clima semejante de la espera, parecían gritarme: ¡sé ligero, nada te es posible, lo único que te resta es la ebriedad! Me emborrachaba, pues, a mi modo, es decir, no necesariamente con alcohol... pero estaba borracho, casi totalmente embotado...

Después, las fronteras de los Estados y las tablas de las leyes hicieron explosión; se abrieron las esclusas de las fuerzas ciegas y —¡ah!— de pronto yo, en la Argentina, absolutamente solo, cortado, perdido, hundido, anónimo. Me sentía un tanto excitado, otro tanto amedrentado... Pero a la vez algo en mi interior me ordenó saludar con apasionada emoción el golpe que me aniquilaba y me lanzaba fuera de mi orden establecido. ¿La guerra? ¿La caída de Polonia? ¿El destino de mis amigos, de mi familia? ¿Mi propio destino? ¿Podría preocuparme por eso de una manera, pudiéramos decir, normal, yo, que estaba iniciado en todo ello de antemano, que lo había experimentado hacía ya tiempo?...

Sí, no miento al decir que desde hacía años convivía en mi interior con la catástrofe. Cuando aconteció me dije algo por el estilo: "Ah, así que al fin..." Y comprendí que había llegado el momento de aprovechar esa capacidad de lejanía y rompimiento en la que me venía ejercitando. Por cierto nada había cambiado, ese cosmos, esa vida, en la que estaba aprisionado, no se volvieron distintos por haber terminado cierto orden cómodo de mi existencia. Pero el escalofrío de una terrible y febril excitación provenía del presentimiento de que la violación libera algo que no estaba nombrado ni formado, cuya presencia no me era ajena, un elemento del que sabía solamente que era "inferior", "más joven"... y que se ponía en movimiento ahora en medio de una noche negra y violenta. No sé si resulta claro cuando señalo que desde el primer momento me enamoré de la catástrofe, aunque a mí también me arruinaba; que mi naturaleza me obligó a recibirla como una oportunidad de unirme en las tinieblas con el elemento inferior.

Capdevila, poeta-profesor-redactor del gran diario *La Prensa*, vivía con su familia en una casa de Palermo. Recuerdo la primera vez que fui a cenar a su casa. ¿Cómo debía presentarme a los Capdevila? ¿Como el trágico exiliado de una patria invadida? ¿Cómo un literato extranjero que sabe discurrir sobre los "nuevos valores" en el arte y desea informarse sobre el país? Capdevila y su señora esperaban que apareciera en una de esas encarnaciones, además estaban llenos de una simpatía potencial hacia "el amigo de Choromanski"... pero pronto se sintieron confundidos al encontrarse ante un muchacho enteramente joven que, sin embargo, no era ya un muchacho ta joven...

¿Qué aconteció? Sí, tendré que confesarlo. Bajo el efecto de la guerra, del surgimiento de las fuerzas "inferiores" y las fuerzas regresivas se efectuó en mí la irrupción de una juventud tardía. Ante el desastre me escapé hacia la juventud y de golpe cerré esa puerta. Siempre tuve inclinaciones a buscar en la juventud —la propia o la ajena— un refugio frente a los "valores", es decir, frente a la cultura. Ya lo he dicho en este diario: la juventud es un valor en sí, lo que significa que es destructora de todos los demás valores, puesto que, bastándose a sí misma no los necesita. Yo, por lo tanto, en vista del aniquilamiento de todo lo que hasta ahora poseía: patria, casa, situación social y artística, me refugué en la juventud, más apresuradamente aun debido a que (como se ha mencionado) estaba "enamorado". *Entre nous soit dit*, la guerra me rejuveneció... y dos factores me eran propios en este sentido. *Parecía* joven, tenía una cara fresca, veinteañera. El mundo me *trataba* como a un joven —¿acaso para la mayor parte de mis lectores polacos no era yo sino un chiflado, una persona carente de toda seriedad? Para los argentinos era alguien totalmente desconocido, más o menos igual a todos aquellos aspirantes que llegan de provincia y sólo después de demostrar sus posibilidades pueden pretender ser aceptados. Aunque quisiera imponerme como un valor, ¿qué podría hacer si el idioma me era desconocido y la gente se entendía conmigo en un francés cojo? Así que todo: mi aspecto, mi situación, mi absoluta desviación de la cultura y las vibraciones secretas de mi alma, todo me empujaba hacia una ligereza juvenil, un juvenil bastarme a mí mismo.

Los Capdevila tenían una hija, Chinchina, de veinte años. Así fue, que pronto tanto él como su mujer me pusieron en manos de ella, quien me presentó a sus amigas. Imaginad a Gombrowicz en ese año mortal de 1940 flirteando sutilmente con esas señoritas... que me hacían conocer los museos... con las que iba a comer pastas... para quienes dicté una charla sobre el amor europeo... Una mesa grande en el comedor de los Capdevila, detrás doce jovencitas y yo —¡qué idilio!— que hablaba de *L'amour européen*. Sin embargo, aunque esta escena parezca un contraste infame con otras escenas de verdadera destrucción, en realidad no estaba tan lejos de serlo, era más bien la otra cara de la misma catástrofe, el principio de un camino también descendente. Adivino una especie de absoluta bagatelización de mi ser. Me volví liviano y vacío.

Al mismo tiempo penetraba en una Argentina alejada de todo aquello, exótica, displicente, impávida, consagrada a lo cotidiano. ¿Cómo conocí a Roger Pla? Quizás por la señorita Galiñana Segura. De cualquier modo fue él quien me introdujo en casa de Antonio Berni, el pintor. Allí también di una conferencia sobre Europa para unos cuantos pintores y escritores. Pero todo lo que decía era fatal; sí, justamente en el momento en que conquistar cierto aprecio me era decisivo, me falló el estilo, y mi discurso se volvió tan indolente que casi me avergonzaba. ¿De qué hablaba? De la regresión de Europa, de cómo y porqué anheló el salvajismo, cómo esta morbosa inclinación del espíritu europeo podía ser aprovechada para hacer una revisión de una cultura excesivamente desvinculada de sus bases. Pero al decirlo yo mismo era un triste ejemplar de la regresión, una lastimosa ejemplificación... era como si las palabras me traicionaran y quisieran justamente

probar que era inferior a lo que tenía que decir. Y aún hoy me acuerdo cómo, en Diagonal Norte, Pla, con cierta irritación me reprochó algunos tontos e ingenuos sentimentalismos colados en mi exposición; y yo, dándole la razón y sufriendo a la par que él, sabía que aquello era inevitable. Existen periodos durante los cuales se efectúa en nosotros un desdoblamiento de la personalidad y, entonces, una parte de nuestro ser le juega bromas a la otra, porque es otro el camino y el fin que se ha elegido. Allí justamente, en casa de Berni, conocí a Cecilia Benedit de Debenedetti, en cuya casa de la Avenida Alvear se reunía cierto grupo bohemio. Cecilia vivía en no sé que brumas, aturdida, empavorecida, embriagada por la vida, acosada por todas partes, despertándose del sueño para hundirse en otro sueño más fantástico, luchando al estilo de Chaplin con la materia misma de la existencia... era incapaz de soportar el mero hecho de existir... por lo demás una mujer de dotes magníficas, de grandes virtudes, un alma noble y aristocrática. Su descentramiento no le impedía actuar bien y con sumo sentido de responsabilidad. Pero dado que se sentía aplastada y atemorizada por el hecho mismo de existir, le resultaba indiferente rodearse de quien fuera. ¿Las recepciones en casa de Cecilia? Algo de ello me ha quedado en la memoria. Joaquín Pérez Fernández, bailando; Rivas Rooney, empujando el codo; una jovencita muy bella divirtiéndose a más no poder... sí, sí, esas reuniones se me confunden con otras de lugares distintos, otras donde iba gente aun más bohemia, y me veo con una copa en la mano, oigo mi propia voz, llegada de lejos, mezclada con la voz de Julieta:

Yo: ¿Conoces a esas dos chicas que están junto al rincón?

Julieta: Son las hijas de aquella señora que habla con la Fleur. Se habla mucho de ella; parece ser que se llevó a un hotel a dos muchachos de la calle y, para excitarlos, les puso una inyección... uno de ellos con el corazón algo débil murió. ¡Te imaginas! ¡La policía, la investigación! Como estaba bien relacionada se ocultó el asunto, pero tuvo que irse por un año a Montevideo...

No podía revelar la importancia que tenían para mí esas noticias; decía únicamente:

—¡Ah, sí!

Más tarde abandoné esa reunión y en una noche argentina, inmóvil, azul negra, me dirigí a Retiro, que tanto he descrito en mi *Trasatlántico*. "Allí es donde la barranca se despeña en el río y la ciudad al puerto baja... Abundan allí los marineros jóvenes..." A quienes se interesen en el puerto debo aclararles que jamás, aparte de ciertas experiencias esporádicas en mi temprana juventud, he sido homosexual. No puedo quizás hacer frente a la mujer, no lo puedo hacer en el terreno de los sentimientos, porque existe en mí algo frenado, una especie de temor al cariño... sin embargo, la mujer, sobre todo cierto tipo de mujer, me atrae y me sujeta. Así que no eran aventuras eróticas lo que iba a buscar a retiro... Aturdido, fuera de mí, expatriado y descarrilado, trabajado por ciertas pasiones que se encendieron al derrumbarse mi mundo y sentir mi destino en bancarota... ¿qué buscaba? La juventud. Podría decir que buscaba a la vez la juventud propia y la ajena. Ajena, pues aquella juventud en uniforme de soldado o marinero, la juventud de aquellos ultrasencillos muchachos de Retiro me era inaccesible; la identidad del sexo, la carencia de atractivo erótico excluían toda posibilidad de posesión. Propia, pues aquella juventud era al mismo tiempo la mía, se realizaba en alguien como yo, no en una mujer sino en un hombre, era la misma juventud que me había abandonado y que veía florecer en otros. No cabe duda: para un hombre la juventud, la belleza, el encanto de una mujer nunca serán tan categóricos en su expresión, ya que la mujer es, a pesar de todo, un ser distinto y, además crea la posibilidad de lo que, en cierta medida, biológicamente, nos salva: el niño. Pero ahí, en Retiro, veía la juventud en sí, independientemente del sexo, y experimentaba el florecer del género humano en su forma más aguda, radical



y —debido a que estaba marcada por la carencia de cualquier esperanza— demoníaca. Además: ¡abajo, ¡abajo, abajo! Aquello me llevaba hacia abajo, a la esfera interior, a las regiones de la humillación; aquí la juventud, humillada ya como juventud, se veía sometida a otra humillación como juventud vulgar, proletaria... Y yo, Ferdýdurque, repetía la tercera parte de mi libro: la historia de Polilla que intentaba "fraternizar" con el gañán.

¡Sí, sí! He aquí a todo lo que me indujo aquel núcleo de tendencias a las que me sentía supeditado, mientras que en mi patria anterior la degradación alcanzaba todo el fondo, haciendo solo posible la presión hacia arriba... Esta era mi nueva patria que iba reemplazando gradualmente a la otra. A menudo me ocurría que abandonaba las reuniones sociales o artísticas para vagar por allí, por Retiro, por Leandro Alem, tomando cerveza y pudiendo captar, con la mayor emoción, los destellos de la Diosa, el secreto de esa vida floreciente y a la vez degradada. En mis recuerdos, todos aquellos días de mi vida normal de Buenos Aires están "recubiertos" por la noche de Retiro. Aunque una ciega obsesión empezaba a dominarme por completo, mi vida trabajaba; advertía que estaba aventurándome en zonas peligrosas y, naturalmente, lo primero que se me ocurrió pensar fue que estaban trabajándose en el subconsciente tendencias homosexuales. Y por cierto, hubiera recibido con alivio tal hecho, que por lo menos me ubicaba en alguna realidad —pero no, al mismo tiempo mantenía relaciones íntimas con una mujer y su intensidad no dejaba nada que desear. En general, en aquella época, corría bastante tras las mujeres, a veces hasta con escándalo. Ruego me sean perdonadas estas confidencias. No me propongo introducir a nadie en mi vida erótica, sólo trato de fijar los límites de mis experiencias. Si al comienzo yo sólo buscaba refugio en la juventud frente a valores que se me mostraban inaccesibles, pronto ella se me reveló como el único, máximo y absoluto valor de la vida y su única belleza... Pero esa "belleza" tenía de particular el que parecía haber sido inventada por el mismo diablo; en especial el hecho de que al ser y por ser juventud, estaba siempre por debajo del valor, estaba estrechamente

vinculada por el rebajamiento mismo.

Debe haber sido en 1942 cuando trabé amistad con el poeta Carlos Mastronardi; mi primera amistad intelectual en la Argentina. La sobria poesía de Mastronardi le había valido alcanzar un sitio destacado en el arte argentino. Algo más de cuarenta años, sutil, con lentes, irónico, sarcástico, hermético, un poco parecido a Lechón, este poeta de Entre Ríos era un provinciano ornamentado con lo más fino de Europa, poseía una bondad angelical oculta tras la coraza de lo caústico; un cangrejo que defendía su hipersensibilidad. Despertó su curiosidad el ejemplar, raro en el país, de un europeo culto; a menudo nos encontrábamos durante la noche en un bar... lo que tenía también para mí un atractivo gastronómico, pues de cuando en cuando me invitaba a cenar ravioles o spaghetti. Poco a poco le descubrí mi pasado literario, le hablé de *Ferdýdurque* y de otros asuntos y todo lo que en mí difería del arte francés, español o inglés le interesó vivamente. Él, a su vez, me iniciaba en los entretelones de la Argentina, país nada fácil y que a ellos, los intelectuales, se les escapaba de un modo extraño y aun, a menudo, los asustaba. Por mi parte el juego era más encubierto —más encubierto por prohibido. No podía decirlo todo. No podía hablarle de ese lugar en mí, penetrado por la noche, que he llamado "Retiro". A Mastronardi le descubrí el trabajo de mi mente anárquica en busca de algunas "soluciones" sin indicarle las fuentes de mi inspiración; y él no sospechaba de dónde procedía aquella pasión con la que arremetía contra los mayores y lo "mayor", exigiendo que en la cultura, bastada ahora en la supremacía de la superioridad, la madurez, lo "mayor", se destacara esa corriente que provenía de abajo, y que a su vez hacía depender lo "mayor", de lo "menor", la superioridad de la inferioridad. Exigía que lo "Adulto" quedase sometido a lo "Joven". Exigía que por fin se legalizara en nosotros esa tendencia al rejuvenecimiento incessante, y que la juventud fuese reconocida como un valor distinto capaz de transformar nuestra relación con los demás valores. Tenía que dar la apariencia de razonamiento a lo que en mí era pasión, y esto me conducía a innumerables construcciones mentales que en realidad nada me importaban... Pero, ¿no es de esta manera como nace el pensamiento: como sucedáneo inocuo de anhelos ciegos, de necesidades y pasiones a las que no logramos dar el derecho de ciudadanía entre los hombres? El infantilismo era lo que aliviaba estos diálogos, porque Mastronardi, casi tan infantil como yo, sabía por suerte divertirse conmigo. El infantilismo, aunque próximo a la juventud, es sin embargo infinitamente comprometedor; por eso a un hombre maduro, le resultaba más fácil ser infantil que juvenil; por eso yo casi siempre me volvía infantil frente al demonio del verdor, con el que no podía llegar a ningún acuerdo. Sin embargo, ¿hasta dónde quería yo ser infantil y hasta dónde lo era de verdad? ¿Hasta dónde quería ser joven y hasta dónde encarnaba en verdad una especie de tardía juventud? ¿Hasta dónde todo esto era mío, y hasta dónde era solamente algo de lo que estaba enamorado?

Mastronardi mantenía buenas relaciones con el grupo de Victoria Ocampo, el centro literario más importante del país, concentrado alrededor de *Sur*, revista editada por la misma Victoria, dama aristocrática, apoyada en grandes millones, que hospedaba en su casa a Tagore y a Keyserling, cuya obcecación entusiasta le había ganado la amistad de Paul Valéry, que tomaba el té con Bernard Shaw y se tuteaba con Stravinski. ¿En qué medida influyeron en esas majestuosas amistades los millones de la señora Ocampo y en qué medida sus indudables calidades y su talento personal? —he aquí una pregunta que no pretendo contestar. El tufo insistente de esos millones, ese aroma financiero, un tanto irritante a la nariz, me hacía desear no conocerla. Se contaba que un escritor francés de renombre había caído de rodillas frente a ella, proclamando que no se levantaría hasta obtener el dinero necesario para fundar una *revue* literaria. El dinero le fue concedido, "porque —dijo la Ocampo— ¿qué se puede hacer con una persona arrodillada

que insiste en no levantarse? Tenía que darle el dinero". En mi opinión la actitud del escritor francés ante la señora Ocampo me parecía, después de todo, la más sana y sincera, pero estaba persuadido de antemano que, por no ser conocido en París y nada hubiera obtenido aunque me arrodillase durante meses enteros. No me apresuraba, pues a hacer la peregrinación a la residencia de San Isidro. Por otra parte, Mastroiardi temía —y con razón— que el "conde" (porque yo me había proclamado conde) fuera a comportarse extraña o aun descabelladamente, tampoco se daba prisa en introducir mi persona en esas reuniones. Por lo pronto decidí presentarme primero a la hermana de Victoria, Silvina, casada con Adolfo Bioy Casares. Una noche fuimos a cenar con ellos.

Después conocí a muchos otros escritores, a gran parte de la intelectualidad argentina —pero me extendiendo sobre estos primeros pasos, porque los que siguieron fueron bastante semejantes. Silvina era *poetisa*, de cuando en cuando publicaba un volumen de versos... su marido, Adolfo, era autor de novelas fantásticas bastante buenas... y este culto matrimonio vivía inmerso en la poesía y en la prosa, frecuentaba exposiciones y conciertos, estudiaba las novedades francesas, sin descuidar, de ninguna manera, su discoteca. En esa cena estaba también presente Borges, quizás el escritor argentino de más talento, dotado de una inteligencia que el sufrimiento personal agudizaba; yo, con razón o sin ella, consideraba que la inteligencia era el pasaporte que aseguraba a mis "simplezas" el derecho a vivir en un mundo civilizado. Pero, prescindiendo de las dificultades técnicas, de mi castellano defectuoso y de las dificultades de pronunciación de Borges, quien hablaba rápido y poco comprensiblemente, omitiendo también su impaciencia, mi orgullo y mi rabia, tristes consecuencias del doloroso exotismo y del consiguiente aprisionamiento en lo extranjero, ¿cuáles eran las posibilidades de comprensión entre esa Argentina intelectual, esteticista y filosofante y yo? A mí lo que me fascinaba del país era lo bajo, a ellos lo alto. A mí me hechizaba la oscuridad de Retiro, a ellos las luces de París. Para mí la inconfesable y silenciosa juventud del país era una vibrante confirmación de mis propios estados anímicos, y por eso la Argentina me arrastró como una melodía, o más bien como un presentimiento de melodía. Ellos no percibían ahí ninguna belleza. Y para mí, si había en la Argentina algo que lograra la plenitud de expresión y pudiera imponerse como estilo, se manifestaba únicamente en los tempranos estados de desarrollo, en lo joven, jamás en lo adulto. ¿Qué es, sin embargo, lo importante en un joven? Por cierto que no su sabiduría, experiencia, razón o técnica, siempre inferiores y más débiles en él que en un hombre ya formado, sino únicamente su juventud —esa es su carta de triunfo. Pero ellos no veían en esto ningún atractivo, y esta élite argentina hacía pensar más bien en una juventud mansa y estudiosa cuya única ambición consistía en aprender lo más rápidamente posible la madurez de los mayores. ¡Ah, no ser juventud! ¡Ah, tener una literatura madura! ¡Ah, igualar a Francia, a Inglaterra! ¡Ah, crecer, crecer rápidamente! Además, ¿cómo podrían ser jóvenes, si personalmente eran hombres ya de cierta edad, si su situación social no encajaba en aquella juventud del país entero, si el hecho de pertenecer a las altas clases sociales excluía una verdadera unión con lo bajo? Así, Borges, por ejemplo, advertía únicamente sus propios años y no, por decirlo así, la edad que le rodeaba; era un hombre maduro, un intelectual, un artista, perteneciente a la Internacional del Espíritu sin ninguna relación definida ni intensa con su propio suelo. Y esto, a pesar de que de vez en cuando aderezaba su metafísica (que muy bien podía haber nacido en la luna) con lo gauchesco y lo regional —en el fondo su modo de encarar lo americano era precisamente europeo—, él veía a la Argentina como un francés culto ve a Francia o un inglés a Inglaterra.

No obstante, el ambiente del país era tal, que ese Borges europeizante no podía lograr ahí una vida verdadera. Era algo adicional, como pegado, un ornamento; y no era la suerte de

toda esa literatura argentina, tanto la confeccionaba a la francesa o a la inglesa como la que se esforzaba, según los esquemas consabidos, por exaltar lo propio, lo nacional, el folklore (haciéndolo exactamente igual que en otros países). Naturalmente sería un disparate exigir que ellos, siendo mayores, pudiesen expresar directamente la juventud que, siendo superiores, pudiesen expresar textualmente la inferioridad. Lo que les reprocho es no haber elaborado una relación con la cultura mundial, más acorde con su realidad, realidad argentina. El arte es ante todo un problema de amor; si queremos conocer la verdadera posición del artista debemos preguntar: ¿de qué está enamorado? Para mí era evidente que ellos no estaban enamorados de nada o de nadie y si lo estaban era de Londres, París, Nueva York, o en fin, de un folklore bastante esquemático e inocuo. Pero ninguna chispa auténtica brotaba entre ellos de esa masa oscura de belleza "inferior".

De no ser así, si hubiesen captado la poesía junto a la cual pasaban con las narices sumergidas entre libros, ¿acaso toda la inspiración de este pueblo no habría tomado otra dirección? Una enorme cantidad de problemas se acumulaba ante quien quisiera desde aquí participar en la cultura mundial como genuino representante de su lugar en el mundo. ¿No consistiría el papel de una cultura más joven, además de repetir las obras adultas, en crear sus propios puntos de partida? ¿No será que las palabras "arte", "historia", "cultura", "poesía" suenan aquí en forma diferente que en Europa, y por lo tanto, no es posible pronunciarlas del mismo modo? ¿Debe el joven obediencia al maestro o por el contrario debe, con arrogancia, con atrevimiento, abrirse paso? ¿No era esta la plataforma ideal para someter a una crítica creadora todos los mecanismos gastados del espíritu europeo, poner en claro todas sus estupideces, librarse de sus convenciones? Por eso la corrección del arte argentino, su aire de alumno aplicado, su buena educación, eran para un testimonio de importancia frente a su propia realidad. Prefería *gaffes*, equivocaciones, hasta suciedad, pero creadoras. De vez en cuando trataba de decirle a algún argentino lo mismo que se me ocurre decirle a los polacos: "Interrumpid por un momento la producción de versos, de cuadros, las conversaciones sobre el surrealismo, averiguad si esto os satisface realmente, pensad si no valdría la pena meditar un poco más en vuestra ubicación en el mundo y en la elección de vuestros medios y fines". Pero no. A pesar de toda su inteligencia no lo asimilaban. Nada podía detener la marcha de este nuevo taller cultural. Exposiciones. Conciertos. Conferencias sobre el gaucha o sobre Alfonsina Storni. Comentarios, glosas, ensayos. Novelas y cuentos. Volúmenes de poesía. Pero, a todo esto, ¿no era acaso un polaco quien hablaba? ¿Ignoraban que los polacos por lo general no son "finos" ni están a la altura de la problemática parisiense? Decidieron, pues, que yo era un anarquista bastante turbio, de segunda mano, uno de aquellos que por falta de mayores luces proclaman el *élan vital* y desprecian aquello que son incapaces de comprender.

Así terminó la cena en casa de Bioy Casares... en nada... como todas las cenas consumidas por mí al lado de la literatura argentina. Y así pasaba el tiempo... pasaba la noche de Europa y la mía, durante la cual se edificaba mi mitología con grandes sufrimientos... Podría hoy presentar toda una lista de palabras, cosas, personas, lugares, que tienen para mí el gusto de una santidad agobiante e íntima... ese era mi destino, mi templo. Si les introdujese en esa catedral se quedarían asombrados al ver qué triviales y aun a veces deleznable —por su menudez— son los altares a los que rendía culto, pero la santidad no se mide por la grandeza del dios, sino por la vehemencia del alma que santifica algo. "No es posible luchar contra lo que el alma ha elegido."

[...]

Por el momento basta, ya la mano me duele de tanto escribir. Pero no terminan aquí mis recuerdos de esos años aún no tan lejanos en la Argentina.